

Julio Velasco nace en Córdoba el 14 de Febrero de 1955, en el número veintiuno del Paseo de la Ribera, muy próximo al viejo Guadalquivir. Publica su primera novela con Ediciones Atlantis en diciembre de 2009, *La Nebulosa de la Almas Perdidas*, con la que obtiene en 2010 el premio Islas de las Letras en la modalidad de Novela Fantástica. En diciembre de 2011 publica el libro de relatos *Menú del Día* con el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba. Ha participado en varias publicaciones de la Asociación Cultura Mucho Cuento y del Taller de Creación Literaria Asociación Plaza de la Juventud, del que forma parte.

Julio Velasco
Córdoba, 1955
Segundo Premio

ORYCTES NASICORNIS

El doctor Torres ha conseguido que sus clases de Entomología sean más funcionales que las del resto de asignaturas. Al moverse con sus “bichitos” de un lado para otro del aula, logra un efecto muy vistoso, ya que todos los alumnos llegan a tratar personalmente con los auténticos artistas de la materia: una selecta muestra del millón de insectos diferentes que se conocen.

Ser su ayudante resulta un verdadero agobio. Sobre todo, cuando se encierra en el laboratorio y se aísla del mundo. Me deja descolocado, en ocasiones, sin saber qué hacer.

Para seguir su ritmo de trabajo necesito realizar un gran esfuerzo. La actividad es tan intensa que apenas deja un minuto de descanso. Las horas del día le parecen escasas, hasta el punto de que multitud de noches las pasa en el laboratorio, estudiando el comportamiento de los insectos. Ha decidido que éste es su pequeño universo. Su vida no tiene más propósito que convivir con tan diminutos y enigmáticos seres.

Jamás ha dejado que me quede una noche con él. Tengo la certeza de que necesita esas horas

de intimidad con los que apoda “*mis hijitos*”.

Ha sido un privilegio ser su alumno durante dos años. Desde el primer día, consiguió que sintiese una gran pasión por esos minúsculos invertebrados. Tal fue la dedicación que puse, y tanto afán de aprender debió apreciar el profesor, que me propuso formar parte de su selecto equipo, una vez que terminase la carrera. La noticia supuso un golpe de moral tan importante, que a partir de entonces obtuve las mejores notas.

Eso me obligó a sacrificar los fines de semana de toda la primavera y parte del verano, con el fin de acompañarlo al campo en busca de nidos con larvas que, una vez seleccionadas, transportaba de forma meticulosa hasta el laboratorio. Significaban caminatas interminables por los lugares más recónditos, hasta conseguir encontrar los especímenes precisos. No me importaba, el profesor había logrado que me enamorase de su asignatura y de su trabajo de campo. A su vez, yo adquiriría una experiencia que no habría alcanzado de ninguna otra manera.

Con suma pulcritud, acomodaba los insectos en un hábitat similar al natural y observaba paciente sus evoluciones hasta que se convertían en adultos para, por último, pasarlos a ser miembros de la magnífica colección del museo de la Universidad. Los mejores ejemplares en un exquisito cuadro de honor con su correspondiente historial.

Recuerdo la primera larva que cogí y la ficha que rellené con enorme ilusión:

Nombre Común: *Escarabajo rinoceronte*

Nombre científico: *Oryctes nasicornis*

Tipo: *Invertebrado*

Categoría: *Artrópodo*

Clase: *Insecto*

Orden: *Coleóptera*

Suborden: *Polyphaga*

Infraorden:	<i>Scarabeiformia</i>
Superfamilia:	<i>Scaraboidea</i>
Familia:	<i>Dynasteidae</i>
Subfamilia:	<i>Dynasteinae</i>
Género:	<i>Oryctes</i>
Especie:	<i>Nasicornis</i>

Larva capturada en la finca "El Mendigo" el día quince de mayo de dos mil diez a las once horas y siete minutos, bajo detritus de encina. Tiempo aproximado que se estima del inicio de la metamorfosis: doce meses. Color del espécimen: blanquecino. Tamaño: ciento cinco milímetros. Se le mantiene con el mismo alimento con el que se le encontró.

Seguí la lenta evolución del insecto bajo la continua supervisión de mi director. En la ficha solamente tuve que hacer dos nuevas anotaciones:

Inicia el estado de ninfa el diecinueve de julio de dos mil once.

Se le considera ejemplar adulto el ocho de noviembre de dos mil once (Macho).

Hoy, este ejemplar de escarabajo rinoceronte, ocupa un lugar de privilegio en el museo de entomología de la facultad, bajo el que figura la ficha y mi nombre. Me siento muy satisfecho del detalle que tuvo el doctor y, sobre todo, de trabajar a su lado. Es una perpetua fuente de sabiduría en invertebrados.

A pesar de ser su ayudante, de contar con su plena confianza en todo cuanto hago, en ninguna de las muchas veces que lo he sustituido, he tratado de imitarlo. Intentar semejante osadía se me

antoja un gran despropósito. Si intento parecerme es sólo para preservar su técnica docente y enseñar a los alumnos como él lo ha hecho conmigo. Por esa complicidad que mantenemos, en estos cuatro últimos años he alcanzado un grado de conocimiento que nunca llegué a imaginar. Un tiempo en el que hemos convivido diariamente codo con codo, a excepción de las vacaciones de verano, que el doctor dedica a desaparecer en una casa que tiene en algún lugar de la montaña que nadie conoce.

Durante el periodo estival, soy yo quien vigila el laboratorio. Me encargo de comprobar cómo se desarrollan los nuevos insectos que hemos incorporado. De momento, prefiero consumir mi tiempo de ocio en este cautivador trabajo. El único compromiso que tengo son ellos, los insectos.

Esta rutina nos va muy bien y cuando el doctor regresa siempre lo hace cargado de estuches donde trae, meticulosamente clasificados, todos los ejemplares que haya capturado.

Esta mañana me ha sorprendido ver su coche aparcado en la puerta de la facultad. Es cierto que ya debía estar de regreso, pero siempre acostumbra a telefonar para decirme el día que se incorpora. Eso no ha ocurrido en esta ocasión.

He ido a buscarlo al laboratorio. Las luces estaban encendidas: señal inequívoca de que había pasado por allí. Sin embargo, su despacho se encontraba con la puerta entornada, sin luz.

Desconfiado como buen conocedor de las excentricidades que en ocasiones se le ocurren al doctor, asomé la cabeza para cerciorarme de que no había nadie y cerrar. Sentí un suave ruido que no conseguí descifrar en aquel momento. Iba a entrar con mucha cautela. Una voz quebrada, metálica, herida, salió del interior:

—Pasa Marcos, te estoy esperando.

Estaba seguro de que se trataba del doctor por la entonación que le había dado a la frase, no por el timbre. Pensé que había cogido un fuerte resfriado y éste le había ocasionado una intensa y extraña afonía.

La penumbra sólo me permitía adivinar la silueta de mi jefe sentado en su sillón. Me encontraba tan sorprendido, que no acertaba a averiguar el por qué de aquella situación extraña.

Supuse, que a consecuencia del hipotético constipado sufría una ligera fotofobia o algo parecido. Lamentablemente, nada más lejos de la realidad.

Conforme mis pupilas se adaptaron a la oscuridad, me aproximé a la mesa, no sin antes tropezar con una de las sillas, a pesar de que sabía que estaban allí.

Un perdido rayo de luz, que se entremetía por la rotura de una duela de la persiana, otorgaba un aspecto fantasmagórico a la cara del doctor. Su semblante no era el mismo de un mes atrás. No necesitaba más claridad para saber que le sucedía algo.

Permanecimos callados durante un largo rato. Observé en su mano izquierda signos de lo que parecían diminutas postillas. No me preocupó. En muchas ocasiones habíamos sufrido picaduras que dejaban esas secuelas durante algunos días. Su respiración se oía entrecortada, como si le faltase al aire o le costase demasiado trabajo tomar aliento. Eso en cambio sí me alarmó. Estaba a punto de preguntarle qué le ocurría, cuando de nuevo sonó su rota voz:

—Mira la cantidad de parásitos que tengo a mis pies. Me quedé muy sorprendido. Las palabras del profesor llegaron a confundirme tanto, que durante muchos segundos nadé en la duda. Con recelo y temor, flexioné las piernas y comprobé como pude lo que me había dicho. Apenas llegaba algo de claridad. No obstante, vi sus pies con los zapatos posados en el suelo. Sentí que todo el edificio se me venía encima, al pensar que mi jefe había perdido la cabeza. No supe reaccionar y me mantuve un rato con los ojos cerrados y la mente perdida en laberintos de un ayer muy cercano. Me levanté con una sobredosis de desaliento y lo miré detenidamente.

—Ahí abajo no hay nada —manifesté con voz temblorosa.

—Sí —intentó gritar sin conseguirlo—, están por todas partes y son los culpables de lo que me sucede.

—¿Qué le ocurre? —pregunté más preocupado.

—La lluvia del cielo..., la lluvia del cielo —repitió con la voz metálica.

No entendía nada, pero si quería descubrir algo más del diálogo sin sentido que manteníamos, debía continuar indagando. Lo que quiera que le sucediese al doctor, me pareció lo suficientemente

importante como para intentar averiguar qué era.

—¿De qué lluvia me habla?

—De una que vino del cielo cuando no había nubes. Una lluvia que apenas se apreció salvo porque caía cargada de muerte. Cada gota traía una sentencia que se clavó en la piel como un dardo envenenado, inyectando en mi cuerpo cientos de microscópicas larvas.

Eso me sonó como una peregrina historia de fantasía, y la ciencia ficción no entraba dentro de mis géneros preferidos. Dudé si continuar con la conversación o llevar al doctor a un centro hospitalario. Ante la incertidumbre que me embargaba, quise averiguar algo más sobre lo que parecía una crisis de locura transitoria. ¿Gotas de lluvia cargadas de larvas que se clavan en su piel?

—¿Cómo ha sucedido, profesor? —requerí, dando a la voz un tono de confianza, en el propósito de conseguir más información.

—Hace dos semanas, al amanecer, salí al bosque con la intención de estar de regreso antes de que la temperatura subiera más de lo que mis viejos músculos pueden soportar. Llevaba varios días siguiendo la evolución de dos larvas de escarabajos rinocerontes que habían alcanzado los catorce centímetros. Eran ejemplares únicos. No pensaba sacarlos de su entorno, porque se encontraban a punto mudar al estado de ninfas. Me senté a observarlas y les hice varias fotografías, poniendo algunas referencias para demostrar el tamaño. Disfrutaba como pocas veces lo había hecho a lo largo de mi vida profesional. De pronto, sonó un silbido ensordecedor. Los pájaros, espantados, comenzaron a volar desorientados y unos minutos después se desplomaron muertos sobre el suelo del bosque; las diminutas gotas que se habían clavado en mis manos y cara me produjeron un picor irresistible; los animales corrían asustados entre los arbustos; las larvas se retorcían como si las estuviesen quemando y los peces del pantano salían a la superficie en busca de un lugar respirable. A duras penas conseguí llegar a la casa. No he querido regresar antes por temor a que esto fuese contagioso. Ya estoy seguro que no, porque sé lo que me sucede. Desde aquel día los tengo en mi interior, hay miles recorriéndome el cuerpo y creciendo a costa de mi vida. Los insectos se están vengando de todo cuanto les he hecho en el laboratorio.

—Usted ama a los insectos —repliqué. Era verdad, así lo sentía, porque yo también los amo, son mi vida.

—Ellos no lo entienden. Únicamente observan que llego, me llevo algunos de los suyos, después los estudio en el laboratorio, incluso los sacrifico para conocerlos mejor y por último los expongo en el museo. Los insectos ven en mí a un asesino.

Tras escuchar aquellas palabras, tuve claro que el doctor tenía la mente perturbada. Sólo me faltaba convencerlo para llevarlo al médico y descubrir el motivo real de aquel raro trastorno.

—Bien profesor, en ese caso vamos al hospital para que maten a todos esos parásitos que tiene —propuse con delicadeza.

—¿No me crees, verdad? Enciende la luz y mira mi cuerpo, tal vez entonces pienses de otra manera —respondió con un punto de vehemencia.

Sin dudarle un instante, con el enorme deseo de dejar aclarado todo el embrollo, fui junto a la puerta y presioné el interruptor de la luz. Un poderoso resplandor inundó el despacho. Sentí un alivio relajante que apenas duró dos segundos. Al girarme hacia la mesa, vi al profesor con la camisa desabrochada. Parte del tórax estaba al descubierto.

Me estremecí como si una descarga eléctrica hubiese sacudido mi cuerpo. El torso de mi querido doctor era una concentración de llagas que apenas dejaban un centímetro cuadrado de piel sin erupciones. Sufrí un gran bloqueo mental del que tardé más de un minuto en recuperarme.

—¡Dios bendito! —conseguí exclamar—¿Cómo es posible...?

No me dejó terminar la frase.

—Ya te lo he dicho, se están vengando. Esos seres, a los que amo desde toda la vida, se desquitan. Tengo miles dentro de mi cuerpo y se desarrollan rápidamente. Me están comiendo y no puedo hacer nada para detenerlos. Siento que me devoran hasta los huesos... No esperaba un final así.

De manera fulminante pensé que aquello se podía parecer a un brote severo de varicela y que el doctor había entrado en una fase de delirio. Necesitaba un médico de manera urgente.

Para evitar que me oyese, salí hasta el pasillo y llamé a urgencias. La persona que atendió el teléfono me hizo preguntas para establecer un posible diagnóstico. Le insinué la posibilidad de la varicela, pero cuando le dije que llevaba en ese estado dos semanas, manifestó que era imposible, debía tratarse de otro tipo de infección. De cualquier manera enviaba una ambulancia.

Nervioso, salí a la puerta para esperar y acompañar al servicio sanitario hasta el despacho. Fue en ese instante cuando se me vino a la mente el maldito recuerdo: "*Síndrome de Morgellons*".

No, no podía ser. Me negué a creer que de nuevo se estuviesen haciendo experimentos químicos con seres humanos. La nanotecnología había desarrollado esa enfermedad, también conocida como "*dermopatía inexplicable*", que ningún científico se había atrevido a reconocer como tal. No tenía sentido que se hubiese experimentado una vez más... claro que el bosque en el que había estado mi jefe era un lugar solitario, deshabitado y...

La ambulancia tardó veintidós minutos en llegar hasta la misma puerta de la facultad. Conduje a los sanitarios hasta el despacho. La luz permanecía encendida. Entré con urgencia y con la misma celeridad me llevé una enorme sorpresa: el sillón del profesor estaba vacío.

Lo buscamos por todo el edificio sin éxito. No debía encontrarse muy lejos. En su estado no podía andar mucho y su coche permanecía en el aparcamiento. Alerté a todos los miembros de seguridad y al resto del personal para que me avisaran en el momento que lo vieran. Después de una hora de infructuosa búsqueda, la ambulancia se marchó. Desesperado regresé al laboratorio: seguía completamente vacío.

En la soledad de aquel lugar, donde pasaba la mayor parte del tiempo rodeado de mis minúsculos amigos, sobre un silencio que abarcaba todo el recinto, escuché un leve sonido procedente del despacho que me llamó la atención. Entré con premura: seguía sin haber nadie. Al menos, eso pensé en aquel instante.

Algo arañaba el suelo con suavidad. Sobrecogido, me acerqué a la mesa, me pareció que el sonido emanaba de allí. Era como un continuo zumbido. Conforme me acercaba, un pestilente

hedor me inundaba las fosas nasales. Me agaché muy despacio, con miedo. El corazón se aceleraba a cada centímetro que avanzaba. Apenas podía creer lo que tenía delante. Tanta angustia me inundó, que di un salto hacia atrás. Un fuerte mareo estuvo a punto de dar con mis huesos en el suelo. A los pies del sillón se agolpaban miles de insectos formando una enorme piña. Huí despavorido.

Después de que hayan pasado varias horas, y sin noticias del paradero del doctor, siento que empieza a picarme todo el cuerpo.